

En busca de la paz prometida: actitudes de normalización durante el primer franquismo (1936-1952)

Claudio Hernández Burgos

Universidad de Granada
chb@ugr.es

Resumen: Pese a los avances experimentados por la investigación sobre las actitudes sociales durante el franquismo, muchos análisis se han construido sobre un esquema dicotómico de consentimientos y resistencias. Este artículo propone resituar el debate, prestando especial atención a los sectores intermedios de la población y a la incidencia que sus contradictorias y cambiantes actitudes y comportamientos tuvieron sobre el proceso de consolidación del régimen. En definitiva, atendiendo a la fluctuante relación entre el Estado y la sociedad, se intenta dibujar un panorama de mayor complejidad, en el que la adaptación y el anhelo de una relativa normalidad marcaron la vida cotidiana.

Palabras clave: régimen franquista, actitudes sociales, vida cotidiana, posguerra, normalización.

Abstract: Despite advances in historical research into social attitudes during the Franco regime, many studies have been based upon a dichotomous interpretive scheme of consent and resistance. This article sets out to redefine the debate by paying special attention to the intermediate sectors of the population and the influence of their contradictory and dynamic attitudes and behaviours during the consolidation of the regime. By taking into account the changing relationship between state and society, this article portrays a complex panorama, in which adaptation and the desire for relative normality characterised everyday life.

Keywords: Franco's regime, social attitudes, everyday life, post-war, normalisation.

Desde la finalización de la Guerra Civil, los dirigentes del nuevo Estado se presentaron como salvadores de la nación y máximos garantes de la paz que habría de reinar en España a partir de 1939. De acuerdo con la propaganda oficial, la derrota del bando republicano suponía el cierre de una época de persecuciones, luchas partidistas, conflictos sociales y crispación generalizada. En su lugar, se inauguraba un periodo de reconstrucción que devolvería la nación a sus «rutas de grandeza» y aseguraría una existencia tranquila y carente de sobresaltos a los ciudadanos. Sin embargo, la prometida y promocionada «paz social» tardó muchos años en hacerse visible. Las condiciones de vida, el aislamiento internacional, la propagación de la violencia, las secuelas y heridas dejadas por la contienda o las actitudes de disconformidad y resistencia hacia la dictadura socavaron el mito de la España pacífica de la que el régimen se vanagloriaba.

En este contexto, la supervivencia del régimen franquista pudo verse amenazada, pero diversos factores le permitieron mantenerse en pie. El ejercicio de la violencia sobre sus enemigos, la extensión del miedo entre la población y la coyuntura internacional han sido las principales razones apuntadas por los investigadores. Junto con ello, en las últimas décadas, ha quedado probada la importancia, fortaleza y heterogeneidad de los apoyos sociales disfrutados por el régimen y el papel que desempeñaron en su construcción a todos los niveles¹. Sin embargo, como ha ocurrido con los estudios sobre otras dictaduras, el debate historiográfico se ha movido pendularmente, asignando un mayor protagonismo a los elementos de coerción o de consentimiento, pero dejando de lado las actitudes de una «mayoría social» entre la que elementos de disconformidad y de consentimiento aparecían entremezclados habitualmente².

¹ Un balance comparativo en Francisco COBO ROMERO y Teresa ORTEGA LÓPEZ: «No sólo Franco. La heterogeneidad de los apoyos sociales al régimen y la composición de los poderes locales, Andalucía, 1936-1948», *Historia Social*, 51 (2005), pp. 49-71.

² Jie-Hyun LIM: «Coercion and Consent: A Comparative Study of “Mass Dictatorship”». *Contemporary European History*, 13-2 (2004), pp. 249-252, y Richard J. EVANS: «Coercion and Consent in Nazi Germany», *Proceedings of British Academy*, 151 (2007), pp. 52-81. Véase especialmente Ian KERSHAW: «Consensus, Coercion and Popular Opinion in the Third Reich: Some Reflections», en Paul CORNER (ed.): *Popular Opinion in Totalitarian Regimes. Fascism, Nazism, Communism*, Oxford, Oxford University Press, 2009, pp. 33-46.

Este artículo propone reubicar el foco de la investigación sobre la franja de la población situada en el difuso espacio intermedio existente entre las bases sociales de la dictadura y las víctimas directas de la represión estatal, examinando de manera especial las actitudes y estrategias de normalización de sus vidas cotidianas. Se trata de atender a esa zona ambigua, de contornos borrosos, conformada por «gente corriente», aunque «corriente» también eran parte de los apoyos de la dictadura y de los represaliados. Unos sectores que no eran «vencedores» o «vencidos», pero que podían compartir rasgos de alguno de estos grupos o de los dos a la vez. Individuos y colectivos que vienen definidos por su ausencia en los círculos de poder estatal o en los grupos de oposición, pero, sobre todo, por sus actitudes contradictorias y cambiantes y por los valores a los que dieron prioridad en su día a día. Sectores marcados por la experiencia de la guerra y la posguerra y por la búsqueda de una relativa normalidad y adaptación a las difíciles circunstancias del periodo. «Zonas grises», cuya indefinición y dinamismo dificulta su análisis y clasificación, pero que son esenciales para entender el propio funcionamiento de cualquier régimen dictatorial³.

Para alcanzar tales objetivos, este artículo se apoya en documentación interna de diversa procedencia, así como en diferentes fuentes diplomáticas. Si bien de este modo sólo es posible estudiar una parte de un paisaje mucho más complejo, su análisis de manera conjunta permite realizar hipótesis con base en las políticas y discursos ofrecidos por la dictadura y a las respuestas de esta franja de la población frente a diversos aspectos que afectaban a sus vidas cotidianas. En este sentido, la confluencia entre las percepciones de las autoridades del régimen en varias provincias y las generadas por los cónsules y observadores extranjeros resulta, al menos, indicativa de las actitudes, opiniones y tendencias normalizadoras que son examinadas en estas páginas⁴. A este fin, en primer lugar, se ex-

³ Primo LEVI: *Los hundidos y los salvados*, Barcelona. El Aleph, 2008 [1989], pp. 33-45; Andrew S. BERGERSON: *Ordinary Germans in Extraordinary Times. The Nazi Revolution in Hildesheim*, Bloomington-Indianapolis, Indiana University Press, 2004, p. 6, e Ismael SAZ: «Apuntes conclusivos», en Miguel Ángel DEL ARCO *et al.* (ed.): *No solo miedo. Actitudes políticas y opinión popular bajo la dictadura franquista*, Granada, Comares, 2013, p. 226.

⁴ Actitudes similares fueron registradas para el caso italiano, aunque sólo em-

ploran las diferentes respuestas sociales ante el hambre y la administración de los recursos por parte del Estado. En segundo lugar son analizadas las actitudes frente a las dos amenazas más serias a la estabilidad de la dictadura en la posguerra: la resistencia armada y el aislamiento exterior. Por último, se trata de rastrear la voluntad de normalización existente en esa cotidianeidad supuestamente libre de política, pero donde ésta seguía funcionando bajo nuevos parámetros y conductos. Situando la atención sobre el marco cotidiano, estas páginas confieren un rol más activo a la sociedad, atendiendo, de una parte, a su respuesta ante los fenómenos «perturbadores» de su rutinaria existencia y, de otra, analizando su capacidad para dar forma a la realidad que les rodeaba, recrear y reapropiarse de sus condiciones sociales, económicas o familiares y adaptarse a la «normalidad» inaugurada tras la guerra.

Sobrevivir y aguardar: respuestas cotidianas ante las condiciones de vida

La «Victoria» del bando rebelde inauguró una España de hambre y miseria. La degeneración de las condiciones de vida afectó a amplios sectores de la población más allá de los vencidos. Sin embargo, la gestión de la miseria por parte de las autoridades, unida al miedo y al trauma generado por la contienda provocaron que una parte de la sociedad diera prioridad a las preocupaciones materiales y se desentendiera de otras cuestiones menos importantes en su día a día, favoreciendo con ello la estabilidad de la dictadura. Cuando, a inicios de la década de los cincuenta, se produjo una leve mejora económica, la experiencia de la posguerra influyó decisivamente sobre las actitudes de una población deseosa de olvidar tan difíciles años.

Durante el conflicto —y en claro contraste con el bando republicano—, las autoridades insurgentes habían calificado su retaguardia como «bien abastecida» o «satisfactoria en líneas generales»⁵.

pleando fuentes internas: Simona COLARIZI: *L'opinione degli italiani sotto il regime, 1929-1943*, Roma, Laterza, 1991.

⁵ Sobre las condiciones en la zona sublevada durante la guerra, Archivo General de la Administración (AGA), Gobernación, caja, 44/2790, «Memoria del Go-

Sin embargo, a partir de 1939, el empeoramiento de las condiciones de vida se hizo visible en todas las localidades españolas, socavando las promesas de paz y prosperidad realizadas por el régimen. Como queda patente en la documentación interna y en los informes diplomáticos, el pan y la lumbre que según la propaganda franquista no debían faltar en ningún hogar español eran poco menos que una quimera. Por el contrario, la «Nueva España» era una nación inundada por la miseria, con una población afectada por el hambre y las enfermedades asociadas a la malnutrición y la falta de higiene⁶. En las zonas más pobres del país, la situación llegó a ser desesperada. Era el caso de Huelva, donde en 1940 el gobernador civil de la provincia afirmaba que, de continuar así la situación, los onubenses caerían «en el mayor desamparo y la más trágica situación, porque se verán condenados al hambre por falta de pan». El panorama era tal que, como sostenía un informante inglés en esta misma ciudad, «los hombres se mantienen alejados del trabajo por la debilidad»⁷. En estas condiciones, las muertes por hambre se convirtieron en algo habitual, como sucedía en Almería, donde el vicecónsul británico reconocía que éstas conformaban «una realidad de la que soy testigo cada día»⁸.

Sabido es que las explicaciones oficiales de tan terrible situación económica trataban de ocultar la escasez del racionamiento y la inadecuada gestión de los recursos por parte de las autoridades. Casos como los registrados por el cónsul británico en Málaga, que informaba en 1940 de que «50.000 toneladas de arroz (habían sido) lanzadas al mar por haberse puesto malas», eran recogidos por las

bierno Civil de Cádiz», 1938, y «Memoria del Gobierno Civil de Álava», 1938; y caja 44/3503, «Memoria del Gobierno Civil de Málaga», 1938. Michael SEIDMAN: *The Victorious Counterrevolution. The Nationalist effort in the Spanish Civil War*, Madison, University of Wisconsin Press, 2011, pp. 78-82.

⁶ Véanse The National Archives, Foreign Office (FO), 371/26891, «Living Conditions in Extremadura», y FO 371/26891, «Situation in Malaga province», 10 de julio de 1941, y David GINARD: «Las condiciones de vida durante el primer franquismo. El caso de las Islas Baleares», *Hispania*, 212 (2002), pp. 1099-1128.

⁷ AGA, Presidencia, caja 51/20502, «Escrito del Gobernador Civil a la Comisaría General de Abastecimientos y Transportes», 23 de julio de 1940, y FO 371/24508, «Spain and Portugal: Miscellaneous Information», 12 de septiembre de 1940.

⁸ FO 371/24509, «Situation in Málaga and Almería districts», 29 de octubre de 1940.

propias fuentes del partido en numerosas áreas del país. De hecho, la Falange granadina debía admitir que las destrucciones de la guerra o la sequía «no llegan a justificar el hambre reinante»⁹. Ante tal situación, las críticas por la falta de alimentos y su deficiente administración no tardaron en sucederse, generándose un considerable descontento popular¹⁰. Por ejemplo, en 1941, los vecinos de la pequeña localidad de Sobradillo (Salamanca) manifestaron su malestar no ya por «la falta de semillas y algarrobas», sino por «constar que en almacén de Lumbrales (una localidad cercana) las hay». Por su parte, Leopoldo Santamaría Gómez, vecino del pueblo de Cabrerizos (Salamanca) fue denunciado por comentar públicamente que allí «se comía pan negro» por culpa de los dirigentes locales. Unos años más tarde, en 1946, las autoridades italianas informaron de un crecimiento de la «exasperación popular» en Bilbao a causa de la «mala administración de los recursos» que, además, había originado «un constante fluir de pedigüños por las calles» de la ciudad¹¹.

Pese a la gravedad de las críticas, varios factores posibilitaron que la dictadura obtuviera réditos políticos de su actuación en este campo. En primer lugar, la autarquía era una pieza fundamental para asegurar la sociedad de vencedores y vencidos dibujada por la dictadura. A través del estraperlo, el racionamiento o el control de determinados recursos, el Estado tenía en sus manos la potestad de gestionar el flujo de alimentos que recibían las familias españolas¹².

⁹ FO 371/24508, «Situation in Málaga», 20 de octubre de 1940. Otros ejemplos en AGA, Presidencia, caja 51/20508, «Parte de actividades provinciales», Alicante, septiembre de 1940.

¹⁰ Carme MOLINERO y Pere YSÀS: «El malestar popular por las condiciones de vida. ¿Un problema político para el régimen franquista?», *Ayer*, 52 (2003), pp. 255-280.

¹¹ Archivo Histórico Provincial de Salamanca (AHPS), Gobierno Civil (GC), caja 167/8, «Carta del Jefe Local de Sobradillo al Jefe provincial de Falange», 24 de octubre de 1941, y caja 188/3, «Denuncia de Florencio García contra Leopoldo Santamaría», 9 de julio de 1940; y Archivo del Ministero degli Affari Esteri, Italia (AMAEI), Ufficio Spagna (US), legajo 3, «Situazione in Bilbao», 20 de noviembre de 1946.

¹² Michael RICHARDS: *A Time of Silence: Civil War and the Culture of Repression in Franco's Spain, 1936-1945*, Londres, Cambridge University Press, 1998, pp. 91-99, y Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO: *Hambre de siglos. Mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía Oriental, 1936-1951*, Granada, Comares, 2007, pp. 282-289.

Así lo reflejaba el cónsul británico de Málaga cuando informaba de que en la tercera categoría del racionamiento, la correspondiente a aquellos con menos recursos, había «innumerable gente que es capaz de pagar por su pan»¹³. La mejor asignación de alimentos o la permisividad de la que gozaban determinados individuos contrastaba con las dificultades que encontraban otros para alimentar a sus familias. Para los vencidos —aunque no exclusivamente—, las consecuencias fueron terribles, por lo que no es de extrañar que algunos pudieran sentir que todo formaba parte de una «política deliberada cuyo objetivo era llevarles a la desesperación» impidiéndoles el acceso a recursos necesarios y obligándoles a asumir que sus necesidades únicamente se aliviarían a través de las instituciones y canales fijados por el régimen¹⁴.

En segundo lugar, amparados en parte por las políticas agrarias del franquismo, la posesión de la propiedad se convirtió en una garantía de supervivencia para muchos individuos que no formaban parte de las bases sociales del régimen. El mero hecho de conservar sus trabajos y tierras hizo posible que muchos pequeños y medianos propietarios evitaran o amortiguaran las consecuencias más dramáticas de la posguerra, complementando sus economías familiares con el recurso al estraperlo y favoreciéndose de la permisividad que la dictadura les permitía en éste y otros aspectos¹⁵. Este hecho, además, les situó en una posición privilegiada para la participación en las instituciones y redes clientelares locales, en las que los campesinos sin tierra partían en clara desventaja¹⁶. Incluso, a juicio de algunos observadores, resultaba perceptible la diferencia entre pueblos en los que supuestamente «había de todo: jamón, garbanzos, pan,

¹³ FO 371/26891, «Conditions in Málaga District», 10 de julio de 1941.

¹⁴ FO 371/24508, «Situation in Málaga», 20 de octubre de 1940.

¹⁵ Archivo Histórico Provincial de Granada, cajas 5765 y 5773, «Mapas de abastecimientos», 1949 y 1950; Teresa ORTEGA LÓPEZ: «Las miserias del fascismo rural: Las relaciones laborales en la agricultura española, 1936-1948», *Historia Agraria*, 43 (2007), pp. 531-553, y Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO: «Producción de aceite, poder local y apoyos sociales del franquismo en Andalucía Oriental durante la autarquía (1939-1951)», *Historia Agraria*, 64 (2014), pp. 71-101, esp. pp. 93-94.

¹⁶ George A. COLLIER: *Socialistas de la Andalucía rural. Los revolucionarios ignorados de la Segunda República*, Barcelona, Anthropos 1997, p. 212, y Carmelo LISÓN TOLOSANA: *Belmonte de los Caballeros. A Sociological Study of a Spanish Town*, Oxford, Clarendon Press, 1966, pp. 15-53.

aceite, vino...», y los centros urbanos plagados de mendigos y «niños muriendo» por las calles¹⁷.

En tercer lugar, en el contexto de posguerra, no debemos minusvalorar la capacidad del régimen para difundir sus justificaciones de la miseria. La sequía, las malas cosechas, el aislamiento internacional o las destrucciones ocasionadas por la contienda acabaron siendo asumidas por una parte de la población como explicaciones parciales a la deplorable situación económica¹⁸. Aunque los españoles llegaran a ser conscientes de que las políticas económicas les perjudicaban, éstas eran vistas con frecuencia como la única solución posible ante las adversas condiciones que afectaban al país, el presunto agujero económico dejado por la Segunda República y la acción continuada de los enemigos de España desde el exterior. En esta línea, el recuerdo traumático de la guerra influyó decisivamente sobre las opiniones y actitudes de los españoles en el periodo. Muchos pensaban del mismo modo que María y Miquel, un matrimonio catalán que coincidía en afirmar que «había miseria, pero nos conformábamos, porque habíamos pasado tanto durante la guerra»¹⁹. Aunque la posguerra fue un contexto de represión y hambre para una parte de la población, para otros, en cambio, acabó por convertirse en el único escenario posible para la «normalización» de sus vidas, por lo que decidieron adoptar actitudes que condujeran en esa dirección, rebajando sus expectativas y asumiendo el alza de los precios, las deficiencias en los transportes o las estrecheces económicas casi de manera «natural». De ahí que un observador uruguayo llegara a sostener que «aparentemente las clases más pobres aceptan las condiciones de vida con resignación»²⁰.

¹⁷ FO 371/24509, «Situation in Spain: Profesor Starkie's Memorandum», 3 de diciembre de 1940.

¹⁸ Sobre la aceptación de las explicaciones oficiales al hambre: FO 371/79665, «Annual Review, 1948», 14 de febrero de 1949. Algunos testimonios en Ronald FRASER: *Mijas República, guerra civil, franquismo en un pueblo andaluz*, Barcelona, Antoni Bosch Editor, 1985, p. 84.

¹⁹ Xavier MORENO JULIÀ: «María y Miquel. Memorias de guerra y posguerra en España, 1936-1955», *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 21 (1999), pp. 67-82, esp. p. 78.

²⁰ FO 371/ 31235, «Letter from Mr. Stevenson (Uruguay) to Mr. Mankins», 6 de marzo de 1942, y J. Alberto GÓMEZ RODA: «Percepciones de las instituciones y actitudes políticas de la sociedad en la posguerra», *Pasado y Memoria*, 1 (2002), pp. 59-80.

Por su parte, otros muchos ciudadanos decidieron concentrar sus energías en sus trabajos y familias, olvidándose de aquellas cuestiones consideradas peligrosas, ajenas a sus vidas o imposibles de alterar individualmente. Es por ello que, en numerosas ocasiones, sólo reaccionarían contra aquellas políticas que les afectaran directamente, culpando de su situación a las autoridades locales o a los organismos encargados de la gestión de los recursos y exonerando al dictador y al propio régimen político de cualquier responsabilidad sobre la miseria²¹. En este sentido, resultan paradigmáticas las estrategias de «resistencia» activadas por los habitantes del campo para sortear o atenuar el efecto de las medidas autárquicas mediante el impago de multas, la ignorancia fingida ante las leyes, la ocultación de cosechas o la práctica del estraperlo²². Se trataba de comportamientos menos arriesgados en un contexto de ausencia de libertades y derechos y, al contrario de lo que sucedía con la guerrilla, sus autores no los concebían como actos políticos o de oposición, sino como parte de una estrategia de supervivencia. Aun siendo molestas para el régimen, como expresaba el embajador británico, la extensión de estas conductas podía responder al mero hecho de que «nada hay más allá el horizonte de los españoles que un deseo de vivir y sobrevivir»²³.

Es comprensible, por tanto, que la supresión de las invasivas instituciones y mecanismos de la autarquía causara una satisfacción general entre la gente, al entender que con ello se eliminaba una barrera que hasta entonces había dificultado la preservación de una cierta normalidad en sus vidas cotidianas²⁴. Además, desde

²¹ El funcionamiento del mito de Franco en Herbert MATTHEWS: *The Yoke and the Arrows*, Nueva York, George Braziller Inc., 1957, p. 44. Un ejemplo de las críticas a las instituciones autárquicas en AGA, Presidencia, 52/02964, «Informe sobre la Fiscalía de Tasas de Gerona», 1943.

²² Ramiro REIG: «Estratègies de supervivència i estratègies de millora. Els treballadors al País Valencià durant el franquisme (1939-1975)», *Afers*, 22 (1995), pp. 459-491; Óscar RODRÍGUEZ BARREIRA: *Migas con miedo. Prácticas de resistencia en el primer franquismo. Almería 1939-1952*, Almería, Universidad de Almería, 2008; Ana CABANA: «Minar la paz social. Retrato de la conflictividad rural en Galicia durante el primer franquismo», *Ayer*, 61 (2006), pp. 267-288, e íd.: *La derrota de lo épico*, Valencia, PUV, 2013.

²³ FO 371/26890 «Situation in Southern Spain, Tanger and Gibraltar», 29 de enero de 1941.

²⁴ AGA, Presidencia, caja 51/20659, «Parte de actividades provinciales», Alba-

inicios de los años cincuenta se produjo una leve y paulatina mejoría de la situación económica. Junto con el fin del racionamiento alimenticio, los ingresos del país crecieron un 54 por 100 durante la década, los salarios se incrementaron un 28 por 100 entre 1950 y 1958 y la alimentación de la población experimentó un relativo progreso (de 2.300 a 2.733 kilocalorías por persona entre 1949 y 1961)²⁵. Pese a la persistencia de la pobreza —especialmente visible en algunas regiones— y del malestar de determinados colectivos sociales, el recuerdo de la escasez y de la guerra acentuó la percepción positiva de las mejoras e influyó sobre las actitudes de importantes segmentos de la población. Algo que ocurrió, desde el arranque de los cincuenta, con una parte de los emigrantes que, aun asumiendo con resignación el abandono de sus hogares, vivieron su experiencia de manera despolitizada y acabaron por entenderla como una válvula de escape gracias a la cual habían mejorado sus condiciones de vida²⁶.

Los obstáculos de la «paz»: las actitudes ante la resistencia armada y aislamiento exterior

A lo largo de la década de los cuarenta, la dictadura se enfrentó a dos importantes amenazas para su supervivencia: la resistencia armada y el aislamiento internacional. Especialmente en el periodo 1944-1947, la confluencia de ambas situó al régimen en una posición complicada. Pese a ello, como distintas investigaciones han explicado, diversos factores impidieron que la dictadura se viera

cete, diciembre de 1946, y caja 51/20753, «Parte de actividades provinciales», Granada, septiembre de 1949.

²⁵ Xavier CUSSÓ: «El estado nutritivo de la población española, 1900-1970. Análisis de las necesidades y disponibilidades de nutrientes», *Historia Agraria*, 36 (2005), pp. 329-358, esp. p. 353; José Luis HERRERO: «Las condiciones de vida y consumo en la España de los cincuenta: determinación del ingreso y poder de compra de una familia obrera tipo», *Estudios sobre consumo*, 14 (1988), pp. 11-31, esp. pp. 26-27, y VVAA: *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX y XX*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1989, pp. 1255-1256.

²⁶ Algunos ejemplos en Joseph ACEVES: *Cambio social en un pueblo de España*, Barcelona, Barral, 1971, p. 158, y Claudio HERNÁNDEZ BURGOS y Carlos FUERTES MUÑOZ: «Conviviendo con la dictadura. La evolución de las actitudes sociales durante el franquismo», *Historia Social*, 81 (2015), pp. 49-65.

desestabilizada. Sin embargo, no se ha examinado en profundidad la decisiva influencia que las respuestas de la población y los deseos por normalizar sus vidas tuvieron sobre dichos desafíos.

La *resistencia armada antifranquista* fue la primera y más duradera de cuantas actuaron en el continente europeo (1936-1952)²⁷. Esta dilatada trayectoria no sólo la transformó en una peligrosa amenaza para la dictadura, sino en un factor de gran incidencia sobre las vidas cotidianas de los españoles durante años. Su mayoritario componente rural originó una estrecha y constante relación entre las partidas y algunos sectores de las comunidades campesinas, donde precisamente el régimen se sentía más respaldado²⁸. Como exponía en 1944 el gobernador civil de Granada, el desarrollo de las actividades guerrilleras en la provincia se había visto favorecido por «contactos con las gentes de los pueblos» que contribuían «a su protección y a facilitarles medios y puntos de reunión en los que planean los secuestros y atracos». La situación era similar en zonas como Extremadura o Ciudad Real, donde la diplomacia británica llegaba a hablar de la existencia de una «quinta columna» que permitía «la obtención de información y ayuda» por parte de los guerrilleros²⁹.

La colaboración que sustentaba las actividades de las partidas se basaba en los lazos antes indicados, pero también, durante unos años, contaron con un difuso e inestable apoyo moral de otras franjas sociales, merced a la percepción compartida de los problemas que afectaban a las comunidades rurales. A juicio del embajador italiano, las «lamentables condiciones de vida de la población» constituían la causa principal del aumento del respaldo a los grupos armados a mediados de los cuarenta³⁰. Además, los guerrilleros cui-

²⁷ Jorge MARCO: «La larga marcha nocturna. La guerrilla española en la narrativa europea de la resistencia antifascista (1936-1952)», en Peter ANDERSON y Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO (eds.): *Lidiando con el pasado. Represión y memoria de la Guerra Civil y el franquismo*, Granada, Comares, 2014, pp. 195-216.

²⁸ Mercedes YUSTA: «Una guerra que no dice su nombre. Los usos de la violencia en el contexto de la guerrilla antifranquista (1939-1953)», *Historia Social*, 61 (2008), pp. 109-126, esp. pp. 114-115, y Jorge MARCO: *Guerrilleros y vecinos en armas. Identidades y culturas de la resistencia antifranquista*, Granada, Comares, 2012, pp. 81-102.

²⁹ FUNDACIÓN NACIONAL FRANCISCO FRANCO, «Actividades anarquistas en la provincia de Granada», 24 de noviembre de 1944, y FO 371/60377, «Report of unrest and lawlessness in Spain», 25 de enero de 1946.

³⁰ AMAEI, US, legajo 11, «Situazione politica in Valenza», 25 de febrero de 1947.

daron mucho la selección de sus víctimas a fin de no disminuir las simpatías de sectores poco dispuestos al compromiso. Junto a capitalistas o propietarios que les reportaran importantes sumas económicas, militares o miembros de Falange fueron frecuentemente los objetivos escogidos por la guerrilla, dada su identificación con el poder dictatorial, la represión, la corrupción y la deficiente gestión de los recursos³¹.

El sustento de sus apoyos sociales y el respaldo moral de algunos sectores de la población brindaron a la guerrilla la protección y los medios necesarios para su supervivencia durante años. Sin embargo, desde 1947 hasta el cese de sus actividades a principios de los años cincuenta, su trayectoria fue en franca decadencia. Entre las razones que lo explican estuvieron la creciente desesperanza provocada por el contexto internacional, el surgimiento de fracturas internas y rivalidades entre sus integrantes o el ataque a sus redes de aprovisionamiento mediante el incremento de la represión estatal sobre ellos y sus familias³². Pero, una vez más, el comportamiento de una parte de la sociedad frente a sus acciones y los deseos de normalización también deben ser considerados. Evidentemente, la preocupación y la hostilidad hacia la resistencia armada fueron mayores entre sus víctimas potenciales. Durante la inmediata posguerra, muchos propietarios de tierras se quejaron ante las autoridades del Estado del «orden público» y demandaron mayor protección frente a las partidas, optando en algunos casos por armarse ellos mismos³³. Pero el aumento de la presión policial les situó en una posición de incomodidad que sólo la desaparición de los grupos armados podría solucionar. Así puede deducirse de lo ocurrido a Severiano Martínez, un

³¹ Ana CABANA: «Sobrellevar la vida: Memorias de resistencias y resistencias de las memorias al franquismo», en Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO *et al.* (eds.): *No solo miedo. Actitudes políticas y opinión popular bajo la dictadura franquista*, Granada, Comares, 2013, pp. 97-108, esp. pp. 100-102.

³² AMAEI, US, legajo 18, «Situazione interna spagnola: guerriglia e banditismo», 12 de enero de 1949, y Decreto-Ley de 18 de abril de 1947 sobre la represión de los delitos de bandidaje y terrorismo, *BOE*, 3 de mayo de 1947. Véase también David BAIRD: *Historia de los maquis. Entre dos fuegos*, Málaga, Almuzara, 2008, pp. 118-121.

³³ AGA, Cultura, caja 21/2360, «Parte de Prensa y Propaganda», Granada, 25 de julio de 1947, y AGA, Presidencia, caja 51/20666, «Parte de actividades provinciales», Cuenca, marzo de 1946.

propietario de ganado en Botija (Cáceres), que «fue arrestado, juzgado y condenado a seis años de cárcel» por haber entregado «varios kilos de harina, algunos jamones y conservas» a un grupo de guerrilleros que le atracaron en su finca³⁴.

Por su parte, los guerrilleros sufrieron una drástica disminución de sus apoyos y simpatizantes con el paso de los años. Las razones fueron muy diversas. Por ejemplo, al calificar como «bandoleros» o «forajidos» a los miembros de las partidas, el régimen pudo lograr que una parte de la población asumiera que se trataba de meros criminales cuyas acciones no tenían legitimidad alguna³⁵. Unas representaciones que fueron paralelamente alimentadas por la reducción en la capacidad de selección de sus víctimas desde mediados de los años cuarenta y la crueldad alcanzada por algunas de sus acciones, como pudo ser el caso, entre otros, de algunos atracos y asesinatos cometidos en las montañas entre Teruel y Cuenca en 1947³⁶. Además, el aumento de la represión y el control social alentaron igualmente actitudes reacias hacia sus actividades entre amplias franjas sociales, perjudicadas por medidas incómodas tales como el incremento de los efectivos policiales, la imposición de toques de queda, los controles de carreteras o el desplazamiento de poblaciones³⁷. Estos sentimientos, en aparente contradicción con el «firme deseo contra la delincuencia y el desorden» que adivinaba el cónsul británico en Vigo, mostraban en realidad las actitudes diversas —y muchas veces ambivalentes— de esas «zonas grises» de la población para las que los guerrilleros y la actividad policial generada por su presencia constituían estorbos cotidianos. Aunque muchos desconfiaran de la versión oficial, según la cual los «bandoleros» socavaban con sus acciones la paz de los españoles, no era menos cierto que, cuando a inicios de los años cincuenta se disolvieron las últimas agrupaciones

³⁴ FO 371/60377, «Report of Lawlessness and disorder», 26 de enero de 1946.

³⁵ Archivo Histórico del Reino de Galicia (AHRG), caja G-2682, «Circular de la Dirección General de Seguridad», 11 de abril de 1947, y Francisco AGUADO: *El maquis en España*, Madrid, Librería Editorial San Martín, 1975, p. 116. Sobre la deshumanización del guerrillero, véase Daniel ARROYO: *Guerrilla Narratives in Spanish Contemporary Culture*, tesis doctoral, University of Michigan, 2010, pp. 15-81.

³⁶ FO 371/73356, «Reports of activities of guerrilla during September-December 1947», 29 de enero de 1948.

³⁷ FO 371/60377, «Report of Lawlessness and disorder», 26 de enero de 1946, y Mercedes YUSTA: «Una guerra que no dice...», p. 116.

guerrilleras, muchos sintieron que se estaba dando un paso más para cerrar la confrontación iniciada en 1936³⁸.

El mismo deseo de dejar atrás la guerra y caminar hacia una relativa normalidad condicionó los comportamientos de la sociedad española hacia el *aislamiento internacional* derivado de la alianza de la dictadura franquista con las potencias del Eje durante la Segunda Guerra Mundial. Ni la polarización ideológica ni el incremento de actitudes hostiles hacia el régimen durante los años que rodearon la caída de los fascismos ocultan los extendidos deseos de neutralidad que la mayoría de la población manifestó desde 1939. Cuando las armas fascistas campeaban victoriosas por el continente europeo, las jerarquías de FET de las JONS constataron la hostilidad popular hacia una posible participación en la contienda. Según la diplomacia británica, Serrano Súñer llegó a ser el «hombre más odiado» del país³⁹. Las jerarquías del partido en Zaragoza informaban en 1943 de cómo la población empezaba «a ver con recelo estos avances» hacia la guerra, «convirtiéndose en algunos casos en verdadero pánico». Movimientos de tropas, como los desarrollados en el litoral catalán en abril de ese mismo año, propagaban inmediatamente el miedo entre la población⁴⁰. Para Falange, que concebía la participación en la contienda como un jalón esencial del proyecto imperialista que transformaría España en una nación fascista, aquellas actitudes neutras, indiferentes y pasivas no eran en absoluto beneficiosas. Pero éstas no resultaron tan perjudiciales para la continuidad del régimen.

En efecto, con las primeras derrotas nazis, la dictadura se percató de que los deseos de neutralidad y el desinterés por las cuestiones externas podían constituir un factor fundamental para su supervivencia. Evidentemente, los mitos y políticas activados por el régimen para distanciarse de sus aliados fueron parte de la estrate-

³⁸ Fernanda ROMEU: *Más allá de la utopía: Agrupación Guerrillera de Levante*, Cuenca, Universidad de Castilla La-Mancha, 2002, pp. 60-61. El discurso oficial puede verse en Francisco AGUADO: *El maquis...*

³⁹ La cita en FO 371/24508, «Conditions in Spain», 7 de mayo de 1940. La hostilidad hacia la participación en la guerra en FO 371/24508, «Impressions about the Spanish situation by Mr. Rutherford», 17 de abril de 1940.

⁴⁰ AGA, Presidencia, caja 51/20627, «Parte de actividades provinciales», Zaragoza, enero de 1943, y caja 51/20612, «Parte de actividades provinciales», Gerona, mayo de 1943.

gia de supervivencia en un contexto hostil, pero debieron en buena medida su éxito al sentir mayoritario de la población española. Por ejemplo, el relato según el cual España había mantenido su neutralidad merced a la capacidad de Franco para resistir las presiones de Hitler y Mussolini fue aceptado por una parte de la sociedad que no deseaba nuevas intervenciones en el interior del país⁴¹. Algo similar ocurrió con el «mito del caudillo», mediante el que el dictador era presentado como «salvador de la patria», «defensor del catolicismo» y «primer vencedor del comunismo»⁴². Esta imagen mitificada y, por supuesto, mucho menos extendida de lo que la propaganda señalaba fue, sin embargo, parcialmente asimilada por una parte de la sociedad, que veía en la figura de Franco la garantía de que sus vidas no sufrirían grandes agitaciones. Internamente, las jerarquías de FET de las JONS informaron desde mediados de los años cuarenta de un aumento de la popularidad del dictador en todas las provincias españolas. El jefe provincial del partido en Cuenca manifestaba incluso que parecía «como si la figura de nuestro Caudillo se hubiese agigantado de súbito y llenase el solo el ámbito nacional»⁴³. Aunque tras la exaltación del «caudillo» se escondiera el hecho de que éste se había convertido en único garante de la supervivencia de Falange, lo cierto es que esas percepciones coincidían con las de los observadores extranjeros. En su visita a Andalucía en 1946, por ejemplo, el embajador británico decía estar «impresionado por el apoyo al general Franco» entre la población, aunque hubiera «malestar» por otras cuestiones. La fuerza del mito creció con el paso de los años y para finales de la década había cobrado gran credibilidad entre una parte de la sociedad que le

⁴¹ Antonio CAZORLA: «Surviving Franco's Peace: Spanish Popular Opinion during the Second World War», *European History Quarterly*, 32 (2001), pp. 391-411, esp. pp. 401-406, y Francisco SEVILLANO CALERO: *Ecos de papel. La opinión de los españoles en la época de Franco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 99-100.

⁴² Por ejemplo Alberto REIG TAPIA: *Franco «Caudillo»: mito y realidad*, Madrid, Tecnos, 1995; Paul PRESTON: *Franco: Caudillo de España*, Barcelona, Grijalbo, 1994, y, recientemente, Antonio CAZORLA: *Franco: The Biography of the Myth*, Londres, Routledge, 2014, pp. 141-148.

⁴³ La cita en AGA, Presidencia, caja 51/20666, «Parte de actividades provinciales», Cuenca, enero de 1947. Referencias similares en AGA, Presidencia, caja 51/20674, «Parte de actividades provinciales», Lugo, junio de 1946, y caja 51/20659, «Parte de actividades provinciales», Albacete, julio de 1947 y mayo de 1948.

atribuía el mérito de haber atenuado el «cerco internacional». En 1950, la diplomacia británica debía reconocer que la posición del dictador era «más firme que nunca»⁴⁴.

La eficacia de tales mitos estaba íntimamente ligada con otros dos elementos empleados por la dictadura, que cimentaban igualmente su éxito en los sentimientos más extendidos entre los españoles. De una parte, la retórica nacionalista que recubrió tanto las políticas de desfascistización como las campañas propagandísticas del régimen caló entre una significativa proporción de la sociedad, recelosa ante una hipotética intervención extranjera⁴⁵. Si bien durante el conflicto armado los observadores externos habían percibido una acentuada hostilidad popular hacia «cualquier intromisión en sus asuntos domésticos», fue a partir de 1945 cuando estos sentimientos se fortalecieron⁴⁶. Ese mismo año, los representantes de la diplomacia británica informaban de que los españoles se sentían «ofendidos por la BBC» y de que «incluso aquellos que no tienen aprecio alguno por el Caudillo Franco y Falange no lo llegan a entender». Por ello se mostraban convencidos de que, en caso de una intervención militar, «la reacción de España sería vigorosa»⁴⁷. Los sentimientos nacionalistas se veían paralelamente alimentados por el anticomunismo, reforzado a raíz de la experiencia de la Guerra Civil. Como reconocía la diplomacia británica, gran número de españoles consideraba a Rusia «la principal responsable de la guerra» y de las «atrocidades» que habían acabado con las vidas de las «víctimas inocentes del terror rojo». Finalizada la contienda mundial, crecía el número de quienes acusaban al régimen soviético de estar «detrás de la agitación» que afectaba a España. Y es que muchos ciudadanos asociaban el comunismo a la violencia de

⁴⁴ FO 371/60376, «Visit to Southern Spain», 19 de marzo de 1946, y FO 371/89526, «Economic Situation in Spain», 22 de agosto de 1950.

⁴⁵ Campañas propagandísticas contra las injerencias externas en *ABC*, 22 de febrero de 1946, y 8 de julio de 1947. También en AMAEI, US, legajo 3, «Situazione interna spagnola», 5 de diciembre de 1946.

⁴⁶ FO 371/26899, «The Political and Economic Situation in Spain», 11 de noviembre de 1941.

⁴⁷ FO 371/45889, «Public Sentiment in Spain after Postdam Conference», 15 de agosto de 1945; TNA, CAB 129/16, «Economic Sanctions Against Spain», 3 de enero de 1947, y Rosa María PARDO y Florentino PORTERO: «Las relaciones exteriores como factor condicionante del franquismo», *Ayer*, 33 (1999), pp. 187-218.

los años treinta, llegando a expresar, en algunos casos, su preocupación ante la instauración de un régimen «bajo la influencia de Stalin»⁴⁸. A finales de la década, tanto las autoridades franquistas como los observadores extranjeros se habían percatado de los beneficios que había obtenido el régimen al «agitar el espantapájaros del comunismo»⁴⁹. Su éxito, como el de los otros discursos y mitos impulsados por la dictadura, no hubiera sido posible de no haberse correspondido con los sentimientos, preocupaciones y aspiraciones de muchos españoles corrientes.

Las nuevas reglas del juego: la política franquista y la búsqueda de la *normalidad*

El 16 de febrero de 1937, al cumplirse un año de la celebración de las controvertidas elecciones que dieron la victoria a las agrupaciones políticas del Frente Popular, banderas de Falange y rojigualdas adornaban las calles de algunas capitales españolas. El motivo no era otro que escenificar públicamente la muerte de la democracia. Simbólicamente, los hombres de Falange Española, aquella formación que había amenazado con emplear la fuerza si el resultado de los comicios de 1936 era «peligrosamente contrario a los eternos destinos de España», era la organizadora del acto. En Sevilla, las palabras contra la democracia precedieron la quema de una urna monumental levantada sobre un pedestal de madera. En Córdoba se fueron «quemando lentamente aquellos trastos que durante tanto tiempo sirvieron para el engaño, la traición y la falsedad». Y en Granada unas papeletas ficticias en llamas se introdujeron en una urna electoral, antes de que fuera destrozada a garrotazos por un miembro del partido ante el «entusiasmo de la muchedumbre»⁵⁰.

Demostraciones públicas como las relatadas formaron parte de un proyecto global de estigmatización de la experiencia de-

⁴⁸ FO 371/45889, «Internal Situation», 6 de octubre de 1945, y «Visit to Southern Spain», 19 de marzo de 1946.

⁴⁹ AMAEI, US, legajo 18, «Situazione interna», 12 de enero de 1949, y AGA, Cultura, caja 21/2360, «Informe sobre problemas provinciales», Granada, febrero de 1947.

⁵⁰ ABC, 16 de febrero de 1937; *Azul*, 16 de febrero de 1937, e *Ideal*, 16 de febrero de 1937.

mocrática republicana. En su lugar, la dictadura dibujó un escenario aparentemente despolitizado, vacío de la conflictividad y los enfrentamientos partidistas de los años de preguerra. Pero, aunque el régimen preconizara la desaparición de los «chanchullos democráticos» y de los «viejos hábitos», su implantación no suponía la eliminación del mundo de la política, sino su ubicación bajo nuevos parámetros y su adaptación al contexto de la «Victoria»⁵¹. Una mirada a la esfera cotidiana basta para comprobar que las clientelas, las influencias, los mecanismos de recompensa y castigo, la administración de los recursos o las luchas entre los diferentes sectores mantenían muy presente la política entre la población⁵².

Es por ello que la apatía e indiferencia con la que frecuentemente se han definido las actitudes políticas de la población durante la década de los cuarenta deben ser relativizadas⁵³. El extendido desentendimiento hacia las cuestiones políticas y la aversión a señalarse públicamente suponían, en muchos casos, la expresión práctica de un sentimiento de rechazo hacia la confrontación partidista, puesto que, como señalaba en 1948 un informante británico, la mayoría de los ciudadanos «no mira atrás hacia la República y no espera su vuelta», porque «están desilusionados con la política y se sienten defraudados con las democracias»⁵⁴. Pero no se traducían en una pasividad hacia aquellos asuntos que les afectaban de manera directa. En el seno de las comunidades locales, los españoles fueron reconociendo los nuevos bastiones de poder y las lógicas por las que se regía su actuación, a la par que se acostumbraron a emplear los nuevos canales y herramientas disponibles para dialo-

⁵¹ Ejemplos de la retórica antidemocrática en *ABC*, 18 de septiembre de 1937; *Patria*, 7 de abril de 1938, e *Ideal*, 2 de abril de 1938.

⁵² Antonio F. CANALES SERRANO: «Las lógicas de la victoria. Modelos de funcionamiento político bajo el primer franquismo», *Historia Social*, 56 (2006), pp. 111-130, y Óscar RODRÍGUEZ BARREIRA: *Miserias del poder. Los poderes locales y el nuevo Estado franquista, 1936-1951*, Valencia, PUV, 2013, pp. 239-240.

⁵³ Véase Michael RICHARDS: *A Time of Silence...*, p. 173, y Helen GRAHAM: «Popular Culture in the Years of Hunger», en Helen GRAHAM y Jo LABANYI (eds.): *Spanish Cultural Studies. An Introduction: the struggle for Modernity*, Nueva York, Oxford University Press, 1995, pp. 237-244.

⁵⁴ FO 371/73342, «Informe de Miss Sanior's en su visita a España en mayo de 1948».

gar y negociar con las autoridades, aunque fuera bajo las reglas del juego que dominaban «normalidad» franquista.

Para los vencedores de la guerra, las nuevas bases de la convivencia resultaban perfectamente asumibles y, en la mayoría de los casos, acordes con sus aspiraciones y sentimientos. No debe extrañar que excombatientes, excautivos o familiares de víctimas del «terror rojo» fueran los principales puntales de la estabilidad franquista. En un número importante, colaborarían activamente, copando las instituciones locales, gestionando los recursos alimenticios, homenajando a sus «caídos» y asegurando el castigo de sus enemigos⁵⁵. En otros casos, les bastaría con poder «normalizar» sus vidas, aunque, lógicamente, dentro de una España acorde con sus sentimientos, moral e ideas y sin renunciar a los privilegios y recompensas que pudieran derivarse de su condición. Por ello, excombatientes como los de la pequeña localidad salmantina de San Felices de los Gallegos o personas como Pilar Castro, viuda de Alhama de Granada, que había perdido a su marido en la guerra y a su hijo en la División Azul, no dudarían en reclamar sus «derechos preferentes» para obtener un trabajo o «una mano tendida» que le proporcionara sustento económico⁵⁶.

Sin embargo, el hecho de ser «vencedores» no significa que se implicaran en el grado que las autoridades demandaban, ni que siempre estuvieran de acuerdo con las políticas y discursos de la dictadura. Por ejemplo, ya fuera porque no compartían los ideales del partido único, porque se sentían abandonados o insuficientemente recompensados por sus sacrificios, una parte de los antiguos soldados del bando sublevado decidieron no encuadrarse en la Delegación Nacional de Excombatientes y renunciar a ocupar cargos políticos⁵⁷. Del mismo modo, los familiares de los «caídos» y los

⁵⁵ Peter ANDERSON: «Singling Out Victims: Denunciation and Collusion in the Post-Civil War Francoist Repression Spain, 1939-1945», *European History Quarterly*, 39-1 (2009), pp. 7-26, y Damián A. GONZÁLEZ MARTÍN: «Coaliciones de sangre en el poder político local. Castilla La-Mancha, 1939-1945», *Ayer*, 73 (2009), pp. 211-237.

⁵⁶ AHPS, GC, caja 181/2, «Escrito de varios excombatientes de Sanfelices de los Gallegos (Salamanca)», 11-11-1940, y AGA, Presidencia, caja 51/18996, «Pilar Castro Molina solicita pensión de viudedad», 23 de febrero de 1949.

⁵⁷ AGA, Presidencia, caja 51/20531, «Parte de actividades provinciales», Granada, septiembre de 1940; caja 52/2315, «Informe de la Delegación Nacional de

«mártires» no siempre estuvieron satisfechos con el trato dispensado por el Estado, ni aceptaron todas sus decisiones. Así puede desprenderse de sus demandas a las autoridades o —aunque también respondiera a otros motivos— de que, en diversas localidades de la provincia de La Coruña, los vecinos alegaran «desconocer donde se encuentran los restos» de sus familiares fallecidos durante la Guerra Civil o directamente se negaran a su traslado al Valle de los Caídos⁵⁸.

En el lado opuesto, para los vencidos, acatar las reglas de la «normalidad» franquista constituía, *a priori*, la única garantía para una existencia pacífica. Por supuesto, muchos de sus comportamientos reflejan su capacidad para mostrar su disconformidad con las políticas estatales y su resistencia a resignarse al destino que les reservaba la dictadura⁵⁹. Pero también son demostrativos de la eficacia que, junto a la represión, tuvieron otros instrumentos de desmovilización a la hora de conseguir que asumieran la derrota y se conformaran con llevar un poco de normalidad a sus vidas cotidianas. En este sentido, las migraciones internas desarrolladas durante los años cuarenta formaron muchas veces parte de una estrategia naturalizada que les ofrecía la oportunidad de reconstruir sus vidas cotidianas lejos de las miradas condenatorias de sus vecinos⁶⁰. Del mismo modo podemos interpretar el generalizado intento por despolitizar sus reivindicaciones o peticiones y la asunción de la inconveniencia de la confrontación política, llegando, en algunos casos, a admitir su culpabilidad o la de sus familiares por actos pasados⁶¹. Así puede deducirse del escrito recibido por el gobernador

Provincias», 16 de abril de 1941. Véase también Ángel ALCALDE: *Los excombatientes franquistas (1936-1965)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2014, pp. 210-215 y 222-230.

⁵⁸ AHRG, caja 6357, Jefatura comarcal de Betanzos, «Carta del Jefe Local de Oza de los Ríos», 6 de diciembre de 1952; «Carta del Jefe Local de Aranga», 11 de diciembre de 1952, y «Carta del Jefe Local de Cesuras», s. f.

⁵⁹ James C. SCOTT: *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Haven, Yale University Press, 2005. Su empleo para el régimen franquista en Ana CABANA: *La derrota...*, especialmente pp. 20-24.

⁶⁰ Angelina PUIG: «La Guerra Civil española, una causa de emigración andalusina en la década de los años cincuenta?», *Recerques*, 31 (1995), pp. 53-69, y George A. COLLIER: *Socialistas...*, p. 199.

⁶¹ Jordi FONT: «Nosotros no nos cuidábamos de la Política. Fuentes orales y actitudes políticas en el franquismo. El ejemplo de una zona rural, 1939-1959»,

civil de Salamanca en 1940, en el que un grupo de viudas republicanas solicitaban un «pequeño auxilio diario para atender las necesidades más indispensables de la vida». Para ello, las remitentes no dudaban en apelar a la «justicia que impone nuestro Glorioso Caudillo» y reconocer el «pecado» cometido por sus maridos al admitir que éstos podían «ser acreedores de algún castigo»⁶².

Después de todo era el régimen quien tenía la llave de la «normalización» cotidiana y, ya desde los años cuarenta, no escatimaría esfuerzos en mostrarse como exclusivo guardián exclusivo de la «paz» nacional. Asignando una ayuda económica a una familia republicana, inaugurando un nuevo comedor social, concediendo un racionamiento extraordinario o decretando un indulto, la dictadura ofrecía una imagen aparentemente compasiva y conciliadora que convencía a algunos de sus bondades. Pero, además, decisiones como la concesión de una ayuda de 150 pesetas a la viuda de Juan Arribas, jornalero de izquierdas asesinado en Salamanca en octubre de 1938 o respuestas afirmativas a la clemencia solicitada por los familiares de un preso podían ofrecer tantos réditos políticos como su denegación⁶³. Con estas acciones, la dictadura no sólo extendía el mito de la magnanimidad y piedad de un «caudillo» que apaciguaba a sus subalternos y suavizaba la aplicación de la legislación punitiva, sino que creaba deudas y lazos útiles para el control de los vencidos y para lograr que rebajaran sus expectativas y dirigieran sus esfuerzos a mejorar sus condiciones de vida⁶⁴.

Bajo estos parámetros, la mayoría de la sociedad española acabó por acomodarse al nuevo modelo de relaciones de poder y a las con-

Historia Social, 49 (2004), pp. 49-66, y Aarón LEÓN ÁLVAREZ: *Consenso y resistencia en Canarias durante el primer franquismo*, Santa Cruz de Tenerife, Idea, 2008, pp. 224-225.

⁶² AHPS, GC, caja 197/1, «Escrito elevado por unas viudas de La Alberca al Gobernador Civil de la Provincia», 21 de febrero de 1940. Cartas de este tipo pueden verse en Antonio CAZORLA: *Cartas a Franco de los españoles de a pie*, Madrid, RBA, 2014.

⁶³ AHPS, GC, caja 44/1, «Ayuda económica», 6 de junio de 1940, y «Concesión de pensión a la viuda de Juan Arribas», 7 de julio de 1940.

⁶⁴ Ana CABANA: «De imposible consenso. Actitudes de consentimiento hacia el franquismo en el mundo rural (1940-1960)», *Historia Social*, 71 (2011), pp. 89-106, y Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: *Franquismo a ras de suelo. Zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura, 1936-1976*, Granada, Editorial de la Universidad de Granada, 2013, pp. 205-206.

diciones que les garantizaban una relativa «normalidad» cotidiana. Se trataba de la respuesta lógica a la huella dejada por la guerra y sus secuelas, que se traducían en actitudes complejas y contradictorias, frecuentemente mediadas por elementos materiales, ideológicos y sentimentales, pero destinadas, en la mayoría de los casos, a la salvaguarda de sus propiedades, trabajos y familias⁶⁵. Por este motivo, procuraban evitar el enfrentamiento directo con la dictadura, vaciando de contenido político sus palabras y sus actos. Sirva como ejemplo, lo sucedido en la localidad salmantina de Cabrillas, donde el jefe local de FET de las JONS denunció a varias mujeres por haber borrado letreros patrióticos de las fachadas de algunos edificios del pueblo. Las acusadas no tardaron en reafirmar su lealtad al régimen, negando cualquier intención de desafección y justificando que la tinta negra de los mismos «se había ido borrando con el paso del tiempo» y «las fachadas no quedaban adecentadas»⁶⁶. Como ellas, muchos españoles corrientes intentaban no vulnerar los límites de tolerancia de un régimen para el que la línea que separaba lo político de lo no político era extremadamente delgada.

La expulsión del mundo de la política era parte de una estrategia de auto-distanciamiento mediante la que forjar espacios relativamente autónomos y eludir posibles confrontaciones con la dictadura. Pero esta manera de actuar ayudaba paralelamente a reforzar las estructuras hegemónicas, fundamentalmente a través de la adaptación y el acomodamiento al escenario propuesto por el franquismo⁶⁷. El extendido rechazo de la población a embarcarse en aventuras políticas y ver su nombre ligado a unas siglas suscitó una

⁶⁵ Frank TROMMLER: «Between Normality and Resistance: Catastrophic Gradualism in Nazi Germany», *The Journal of Modern History*, 64 (1992), pp. 86-87.

⁶⁶ AHPS, GC, caja 188/3, «Carta del Jefe local de FET de las JONS de Cabrillas (Salamanca) sobre la eliminación de letreros patrióticos», 24 de mayo de 1940. Véase también Óscar RODRÍGUEZ BARREIRA: «Miseria, consentimientos y disconformidades. Actitudes y prácticas de jóvenes y menores durante la posguerra», en Óscar RODRÍGUEZ BARREIRA (ed.): *El franquismo desde los márgenes. Campesinos, mujeres, delatores, menores...*, Lleida, Universitat de Lleida y Universidad de Almería, 2013, pp. 165-185.

⁶⁷ Alf LÜTDKE: «Cash, Coffee-Breaks, Horse-Play: “Eigensinn” and Politics among Factory Workers in Germany around 1900», en Michael HANAGAN y Charles STEPHENSON (eds.): *Confrontation, Class, Consciousness and the Labor Process: Studies in Proletarian Class Formation*, Westport, Greenwood Press, 1986, pp. 65-95.

profunda preocupación entre las jerarquías del partido único, crecientemente desengañadas ante la imposibilidad de construir una auténtica comunidad nacional de inspiración fascista. En 1945, la Falange cordobesa lamentaba la «apatía y un desinterés por las cuestiones políticas en la masa general de la opinión». Un año más tarde, los dirigentes del partido en Cuenca informaban de la «indiferencia predominante» hacia la política entre los habitantes de la provincia. Y es que, como señalaba el jefe provincial de FET de las JONS en Granada, la «inmensa mayoría» se desentendía «de toda política que no sea la de Abastos o la de Orden Público»⁶⁸.

Sin embargo, aunque el régimen no renunciaría al encuadramiento de la población y a su participación política, pronto se percató de que la movilización continua y entusiasta no era indispensable para su consolidación, al margen de aquellas ocasiones puntuales que lo requiriesen⁶⁹. En primer lugar, porque la colaboración con la dictadura podía efectuarse desde ámbitos diferentes al del partido único, que no demandaba una implicación política *sensu stricto* o al menos no «tan política», como podían ser las organizaciones religiosas o las redes de poder local no controladas por Falange. En segundo lugar, porque incluso algunas instituciones del partido redujeron sus propósitos movilizados, hasta el punto que, con el paso del tiempo, una parte de la sociedad entendió la participación en las mismas de manera «despolitizada» y asociada a fines educativos, culturales o recreativos, etc. Y, finalmente, porque, las dinámicas políticas a nivel local eran heterogéneas y cambiantes, con notables variaciones regionales, haciendo más habituales los casos de colaboración ocasional, los compromisos *a medias* y los acuerdos temporales de los que ambas partes podían obtener beneficio⁷⁰.

⁶⁸ AGA, Presidencia, caja 51/20666, «Parte de asuntos provinciales», Córdoba, diciembre de 1945, y «Parte de asuntos provinciales», Cuenca, agosto de 1946; y Cultura, caja 21/2360, «Parte de la Delegación de Prensa y Propaganda, Granada, febrero de 1947.

⁶⁹ Las dificultades para suscitar la participación en FO 498/1, «Law of Sucesion Referendum», 8 de julio de 1947; AMAEI, legajo 11, «Plebiscito Spagnolo», 12 de julio de 1947, y AGA, Presidencia, caja 51/20804, «Informe sobre las elecciones municipales», Zaragoza, 1954. Los beneficios de la desmovilización en Michael RICHARDS: *After the Civil War. Making Memory and Re-Making Spain Since 1936*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013, p. 98.

⁷⁰ Yoo Woo KIM: «From “Consensus Studies” to History of Subjectivity: Some

Conclusiones

Durante los últimos años, el estudio de las actitudes sociales ha desvelado un panorama complejo, confuso e incluso desalentador, que ha requerido de numerosas precisiones y matices. Las duplicidades y las ambigüedades prevalecen sobre actitudes «netas», definibles de manera binaria y perfectamente clasificables. Esto ha hecho cada vez más necesario el empleo de categorías flexibles y dinámicas que den cuenta de los vaivenes y contradicciones propias de quienes desarrollaron sus vidas durante los años del franquismo.

A lo largo de las páginas precedentes se ha analizado este tipo de actitudes y comportamientos en el difícil mundo de posguerra, prestando especial atención a las difusas y fluidas «zonas grises» de la población. Al hacerlo, el retorno a la «normalidad» y la conservación de espacios de relativa seguridad frente a las problemáticas de la época emergen como elementos fundamentales para su comprensión. En la defensa de tales espacios, los españoles adoptaron actitudes y emplearon estrategias muy variadas, pero destinadas, generalmente, a favorecer su adaptación a un nuevo contexto. Las trasgresiones frente a los mecanismos de la autarquía, el respaldo moral a la resistencia armada, el rechazo a las tentativas belicistas de Falange o las reticencias al encuadramiento político alentado por el Estado eran parte de las mismas. Pero éstas convivían y se combinaban con la asimilación de las explicaciones oficiales a la situación de miseria, la percepción de la guerrilla como un obstáculo para olvidar la guerra, la valoración ciudadana de Franco como protector frente a un nuevo conflicto armado o la estigmatización de los procedimientos democráticos como generadores de convulsiones en el cuerpo social. Su análisis, por tanto, no puede ser disociado, sino que, por el contrario, requiere una mayor profundidad.

Quizás por ello, el estudio de la relación entre el Estado y la sociedad viene erigiéndose como una clave fundamental en este

Considerations on Recent Historiography on Italian Fascism», *Totalitarian Movements and Political Religion*, 10-3 (2010), pp. 327-337. Para el caso español, J. Alberto GÓMEZ RODA: «Percepciones de las instituciones...», pp. 46-47, y Antonio CAZORLA: *Fear and Progress. Ordinary lives in Franco's Spain*, Chichester, Wiley-Blackwell, 2010, p. 70.

campo. Si hace ya bastantes años, en la que era una de las primeras aproximaciones al tema, se afirmaba que la historiografía española no había abordado frontalmente el estudio de las interacciones entre las instituciones y las gentes, hoy éstas constituyen un elemento de atención preferente para los investigadores de la época franquista⁷¹. La evolución no es casual. Ni tampoco lo es que haya sido la esfera cotidiana el principal terreno para el estudio de tales relaciones. Es en ese mapa, tramado por los centros del poder político, por las instituciones económicas, los organismos religiosos y por otros múltiples agentes, donde se produjo el contacto diario entre los vecinos y el Estado. Es allí, en consecuencia, donde ha de dirigirse la mirada para examinar los espacios libres que encontraban algunos individuos a la hora de expresar su disconformidad hacia una determinada política o decisión del régimen; pero también para observar comportamientos como el compromiso parcial, la negociación, la reciprocidad limitada o los intereses compartidos entre dominantes y dominados⁷². Después de todo, las pugnas de poder, el reparto de los recursos económicos, el funcionamiento de las redes de parentesco y amistad, las lógicas clientelares y la interacción y el solapamiento entre «arriba» y «abajo» demuestran la necesidad de salir de esa dicotomía confortable entre poder y resistencia, calibrando en qué medida los españoles, en la búsqueda de esa *paz prometida*, ayudaron a la consolidación de la dictadura.

⁷¹ María Encarna NICOLÁS: «Conflicto y consenso en la historiografía de la dictadura franquista: una historia social por hacer», en José TRUJILLANO SÁNCHEZ y José María GAGO GONZÁLEZ (eds.): *Jornadas Historia y Fuentes Orales. Historia y Memoria del franquismo, 1936-1939*, Ávila, Fundación Cultural Santa Teresa, 1997, pp. 27-38, esp. p. 28.

⁷² Thomas LINDENBERGER: «Creating State Socialist Governance. The case of the Deutsche Volkspolizei», en Konrad H. JARAUSCH (ed.): *Dictatorship as Experience. Towards a Socio-Cultural History of the GDR*, Nueva York-Oxford, Berghahn Books, 1999, pp. 125-141.